

«TODO PUEDE SALIR MAL...
AL FIN Y AL CABO, SOY UNA GAFFE DE PRIMERA.
¿ME APADRINAS?»

APADRINA UN GAFFE



*Momona
Estringana*



APADRINA UN GAFFE

A 3D-style illustration of a woman with brown hair in a ponytail, wearing a red jacket and blue jeans, sitting on the letter 'G'. To her right, a man with brown hair, wearing a dark jacket and blue jeans, is sitting on the letter 'E'. The background is plain white.

Morueña Estringana



EDICIONES **KIWI**

EDICIONES KIWI, 2024
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, febrero 2024

IMPRESO EN LA UE

ISBN: 978-84-19939-22-7

Depósito Legal: CS 41-2024

© del texto, Moruena Estríngana

© de la cubierta, Borja Puig

© de la foto de cubierta, shutterstock

Corrección, Mercedes Pacheco

Código THEMA: FR

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.

www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

A mi marido y mi hijo,
que me quieren tal como soy.
Hasta con todas y cada una de mis torpezas, y despistes.

«Pero como todos los sueños, me temo
que esto no durará para siempre».

Hada madrina,

La Cenicienta

PRÓLOGO

—Vas a ser la más bonita del baile —comentó la madre de Harper, mientras le arreglaba el vestido de color rosa chicle, que usó ella misma cuando fue a su graduación, y que ajora olía a naftalina.

Era igual que el traje de su padre, del mismo color, y que había decidido ponérselo para así ir a juego, aunque con los años se le había quedado pequeño.

Harper se miró en el espejo, sabiendo que, si en el instituto ya lo tenía jodido para hacer amigos, así vestida, lo tendría todavía peor con su padre de acompañante.

Harper no lo había tenido fácil en la vida. Era distraída y torpe, lo que hacía que, desde pequeña, los niños la llamaran «la gafe», y circularan rumores sobre ella de que si te sentabas a su lado era algo peor que cruzarte con un gato negro. La mala suerte provocaría que te sucediera algo malo.

Eran tonterías inventadas de los niños que crecen haciendo daño a los más débiles o, como sucedía siempre, a los diferentes.

—Si quieres un buen novio, más te vale no perderte una sola fiesta.

—Solo tengo dieciséis años, mamá —le respondió Harper, cansada de la cantinela que le recitaba desde niña.

—A tu edad, yo ya conocía a tu padre...

Harper dejó de escuchar cómo se habían conocido sus padres, y cómo lo conquistó, llevándole una flor diferente cada día a casa de sus abuelos.

—Ahora que tienes las tetas en su sitio y no tienes arrugas es el mejor momento para pillar a alguien que sigue creyendo en el amor. Con los años, pensarás que sola estarás mejor, y te va a costar todavía más. —Su madre le tiró de las tetas hacia arriba, y Harper le dio en las manos, mientras su padre no disimulaba la risa—. Perfecta. Vamos, que os espera una gran noche. Ah..., no. La foto.

—¿Hace falta? —preguntó Harper horrorizada por tener un recuerdo así.

Su madre asintió y les hizo una foto.

Harper puso mala cara y su madre no quiso repetirla. Decía que así era original.

—Todo irá bien —indicó su padre, mientras iban hacia el coche.

Harper no comentó nada. Se sentía ridícula con el vestido de su madre, y más con su padre de compañero.

La gente se reiría de ella.

Había visto doramas en los que conseguían novios de alquiler. Era gente que, tal vez, era superpositiva y con los que ella podría tener una noche, solo una noche, de felicidad.

No dejó de pensar en esa idea mientras entraba con su padre en la fiesta.

Los allí reunidos la observaban y se reían.

Su padre la paseaba orgulloso y decía que era como volver a sus dieciséis, con su madre.

Harper no sabía dónde meterse. Y, para colmo, cuando fue a por algo de beber, se tropezó con el mantel. Se cayó al suelo, tirando todo lo que había sobre la mesa encima de ella.

—La más gafe del mundo... —Se rio uno—. Ahora su vestido es más bonito.

La gente se rio mientras su padre intentaba ayudarla a levantarse.

Odiaba su vida... Odiaba ser tan gafe. Si hubiera ido a la fiesta con un chico guapo de su edad, nadie se habría reído, y la gente la habría envidiado.



Esa noche, tras una larga ducha para quitarse el olor a gambas, empezó a idear algo. Un negocio tan raro como extravagante, pero que evitaría que una chica como ella tuviera que vivir una humillación así.



La Harper de veinticuatro años miraba al hombre que se había convertido en su hada madrina, por así decirlo. Era un hombre rico, con cientos de locales y negocios por la ciudad, y había decidido abrir su negocio en uno de esos locales.

A cambio, ella tendría lo que siempre había soñado y él se llevaría un porcentaje de las ganancias; aparte del alquiler del local.

—Un momento... —El hombre de unos casi ochenta años revisó los cajones buscando el contrato.

Harper miró nerviosa la mesa y vio una revista donde en la portada salía un hombre muy, muy sexi. Llevaba un traje de marca color gris y su mirada azul era afilada. El pelo castaño le caía por la frente y ponía: «El nuevo soltero de oro».

Con sinceridad, le extrañaba que un hombre así no pudiera tener a quien quisiera.

—Ya lo tengo.

Dejó el contrato delante de Harper. El nombre de su negocio era Apadrina un gafe.

Todo había ido muy rápido.

El hombre, que tenía delante, tuvo un accidente. Lo ayudó, y él, a cambio, le echó una mano para su idea de negocio. Una idea que hizo con dieciséis años, tras una fiesta de graduación desastrosa.

No lo terminaba de ver. El nombre lo podía gafar todo, y no había estudiado bien todas las opciones.

—Vamos, Harper. La vida es muy corta para tener tantas dudas.

—¿Y si sale mal?

—Pues se cierra, y a otra cosa. Mientras yo esté con vida no te tienes que preocupar. Seré un jefe adorable y tú, mientras, serás la jefa o encargada, como te quieras llamar. Es tu sueño. Yo me haré cargo de todos los gastos de la empresa, y os pagaré un buen sueldo a ti y a tus empleadas, si las necesitas. A más ganancias, mayor será tu sueldo. Eso hará que te motive para hacerlo crecer. Es una gran oportunidad.

Harper sentía que estaba cometiendo un error, pero firmó, porque en el fondo ansiaba tener un lugar donde no sentirse tan sola, como había estado toda la vida, al ser una gafe incomprendida.

—Listo. Tenemos un trato. Ahora da lo mejor de ti.

Harper cogió la revista y echó una nueva mirada «al soltero de oro». No sabía qué era, pero ese hombre le atraía mucho. Apartó la mirada, tomó el contrato, y se marchó para convertir su idea de adolescente en un negocio prometedor.

Lo tenía un poco complicado porque, al fin y al cabo, ¿quién querría tener una cita con un gafe?

CAPÍTULO 1

*En la actualidad,
en alguna parte de los EE. UU.*

HARPER

—Mi jefe ha muerto —les informo a mis vecinas, en San Francisco.

Se llaman Las chicas de oro, porque dicen que había una mítica serie de su época, que les encantaba. La más joven tiene setenta y cinco años.

Yo, no. Yo solo tengo veintiocho años, pero, desde que llegué aquí, con ganas de huir de mi ciudad, para ver si la suerte me sonreía, y dejaba de ser la gafe del barrio, son lo único que tengo. Aquí podía empezar de cero, y ser un libro en blanco donde contar una nueva historia.

He conocido a gente maravillosa, como mis chicas de oro, y, por eso, sé que saben lo que implica que mi jefe, de ochenta años, haya decidido irse al otro mundo.

Era un buen hombre... Bueno, al principio, no, pero poco a poco dejó de buscar la soledad, y aceptó que en realidad a nadie le gusta estar solo eternamente. Solo nos creemos que sí para protegernos de ese estado.

Gracias a él, pude abrir mi locura de negocio.

Desde mi baile de graduación, tenía una carpeta de color rosa con ideas para un negocio. Para que, gente que necesitaba

compañía en momentos especiales o simplemente para solo un día, no se sintieran solos.

Eran todo ideas locas, que no sabía que un día se harían realidad.

Si no hubiera sido por mi compañera de piso, Dagmar, quien creyó que sería superfeliz con mi negocio, nada habría sido posible.

El problema del negocio fue que la gente no quería tener una cita con gafes. Por muy falsa que fuera. Y, como no era la dueña del local, y tampoco la jefa real de este, empecé a pensar en lo que podría hacer para que fuera rentable.

Las chicas de oro fueron mi inspiración.

A ellas les gusta que juegue al parchís con ellas.

Por eso, amplié las secciones del negocio. Todo supervisado por mi jefe, ya que es quien pone el dinero y el que financia todo.

Le gustó la idea.

La gente joven se apuntaba para pasar las tardes con personas mayores, que se sentían solas o que querían que les hicieran la compra.

Las personas pagan por estos servicios.

A posteriori, amplié con las citas, pero que no fueran gafes. Citas para gente que necesitara a alguien para una cita o para una fiesta.

Esto sí atrajo a gente.

Lo de apadrinar un gafe quedó en standby, pero, por suerte, las otras ofertas, sobre todo las de ayudar a gente mayor, sí dan dinero para pagar el negocio y que mi jefe saque beneficio. Lo más importante, que no nos vemos en la calle, porque el negocio da ingresos al gran jefazo.

No es el mejor negocio del mundo, pero en él no me siento apartada, ya que vivimos en un mundo donde lo diferente siempre es criticado.

Ahora... no sé qué será de mi negocio.

Al haber muerto, el local pasa a su sobrino y este se convierte en mi jefe. Un completo extraño, al que no conozco, decidirá si quiere o no tener un negocio de estas características.

Lo tengo jodido.

Intento no agobiarme y pensar que el sobrino del jefe puede creer en el negocio, y no cerrarlo. El local le pertenece, es quien pone el dinero de mi sueldo y el de las empleadas...

Ains..., quiero creer que verá el potencial y dejará esta locura como está.

Necesito creer que, por una vez, mi mala suerte no me hará perder un lugar donde soy feliz.

—¿Qué va a pasar con tu negocio? —me pregunta Camila y coge mi mano con cariño.

—Come galletas. No hay nada que no cure una galleta —me dice Dava, y me la mete en la boca, como si yo fuera una hucha come monedas.

—Pues... —trato de hablar con la boca llena—. Depen...

—¿Qué no te entiendo? Otra vez se me ha estropeado esto. —Edna se sube el volumen del audífono.

Toso y me tienden café recién hecho.

—Vale —indico, cuando ya puedo hablar—. Depende de que su sobrino...

—¿El Gilipollas?

—Sí, ese. —Eso no lo decía yo, sino su tío, quien señalaba que su hermano lo había educado para que no tuviera corazón. Se dirigía a él como «el gilipollas de mi sobrino»—. Bueno, pues ahora es dueño de todo, porque mi jefe no tenía hijos. Vendrá a evaluar si mi negocio es rentable y, si no le gusta, pues supongo que querrá cerrarlo. Esperemos que no, la verdad.

Noto cómo se me oprime el pecho ante la idea de que mi negocio cierre. En ese lugar he encontrado un sitio donde ser yo misma, sin que mi torpeza implique ser mal vista por un duro jefe o por los empleados.

Si ya es complicado buscar trabajo, imaginaos hacerlo siendo alguien propensa a liarla por ser distraída, torpe y gafe.

Cuando llegué a San Francisco, intenté trabajar en una hamburguesería...

Me despidieron a la semana.

Se me cayeron todos los botes de ketchup por error, y mezclé, sin querer, la mostaza con la mayonesa.

Así ha sido siempre.

Ahora tengo un sitio donde no me siento como un pez fuera del agua, y no sé si estoy preparada para perderlo todo, y empezar de cero, sabiendo que me meteré en problemas, seguro.

—¿Y crees que va a entender tu negocio? —Las tres me miran preocupadas.

Las entiendo. Mucha gente no lo comprende. Yo, al principio, tampoco sabía cómo había firmado para levantar un negocio así. Las ideas de mi carpeta quedaban mejor siendo solo eso: ideas.

Pero luego, vi que había mucha gente que se sentía sola, y que solo quería un día donde sentirse que era parte de algo más allá de su soledad. Entonces, amé mi trabajo.

Por eso, no quiero perderlo.

—Bueno, tal vez sí. Sacamos dinero para sobrevivir. —Sonríó—. Puede que lo entienda.

No quiero que noten lo agobiada que estoy, porque estos ratos con ellas jugando al parchís les dan la vida. Quiero que sean felices, sin que mis problemas les angustie.

—Lo dudo. Nadie en esta ciudad entiende cómo tu tienda sigue funcionando —dice Camila.

—¿Una galleta? —Dava me la mete en la boca, y otra vez me cuesta hablar.

Las miro a las tres, sabiendo que lo tengo jodido. No conozco al Gilipollas, pero tiene fama de no tener sentimientos. Solo piensa en el dinero porque, con solo treinta y dos años, ha conseguido amasar una gran fortuna en Nueva York.

No sé cómo le voy a explicar que mi tienda de Apadrina un gafe es rentable, cuando nadie que no sea gafe comprende mi mundo.

Lo tengo jodido.

—¿Otra galleta? —me pregunta Dava cuando me la termino, y dudo que este exceso de azúcar pueda ayudar en algo.



Entro a mi casa tras la partida de parchís y veo a mi mejor amiga, y compañera de piso, Dagmar, con una falda larga atada a un ventilador, y dándose aire en sus partes. Diría que es lo más raro que he visto en mi vida, pero, desde que vivo con ella, he visto cosas peores.

Dagmar es todo lo contrario a mí.

Yo odio que me pasen cosas inesperadas, y ella las crea para ser feliz. Se lanza de cabeza a todo lo que parece divertido o loco, mientras que yo intento siempre evitar meterme en más líos.

Por eso, verla con la falda abombada por el aire, mientras ve una serie en el móvil, es raro, pero no me sorprende en ella.

—¿Todo bien? —le pregunto sin saber muy bien si quiero saber la respuesta de esto.

—No, me depilé ayer y tuve, bueno..., una noche de sexo ardiente. —Se muerde la boca.

Dagmar es rubia, de grandes ojos azules, y no hace falta que me dé más explicaciones. Me puedo hacer una idea de qué tiene escocido, sin conocer más detalles, ni saber más sobre sus noches locas de sexo.

—Vaya.

—Si vas a tener una noche loca, por favor, no te depiles unas horas antes.

—Dudo que yo tenga de eso, pero gracias por el consejo.

Mis citas se reducen a conocer a alguien por aplicaciones de citas. Quedar, cagarla, o bien metiendo la manga en la comida, o bien tirando algo..., y él escapando.

Cuesta que me sienta cómoda con alguien, porque no he tenido mucha suerte en el amor.

«Qué raro, ¿no?».

Pues eso, que, tras mi primera, y única vez, horrible... conseguir olvidarme de todo lo que puede salir mal en una cita, me es complicado. Y, cuanto peor me van las citas, más nerviosa me pongo en las siguientes. Por eso, hace tiempo que no tengo una en condiciones.

Cosa que a mi querida madre, que está deseando verme con un marido, molesta mucho.

Pero... es lo que hay.

Ahora mismo tengo problemas más graves con mi trabajo, como para pensar en mi inexistente vida sexual.

—A mi próxima fiesta de empresa te vas a venir. Seguro que encuentras a alguien interesante.

—¿En tu club de gente con dinero, de mírame y no me toques? Antes me pongo sal en las heridas. —Se ríe.

—Vamos, Harper, dales una oportunidad. Si me ayudas en el trabajo, te sacas un extra, que es algo que no te viene mal. Es por si te despiden, para que tengas un trabajo que pague tus facturas.

«Por si te despiden...». Esa frase me hunde. No quiero ese futuro, pero es una realidad.

—Te recuerdo que soy un poco gafe... ¿Me imaginas llevando una bandeja llena de copas? Seguro que la lío...

—Eres tonta, pero sé que lo harás bien, y ahora que tu jefe ha muerto, tienes que buscar otra forma de ingresos, porque dudo que su sobrino quiera seguir teniendo en plantilla un negocio como el tuyo.

—Ya, no lo descarto, pero espero no tener que llegar tan lejos para sobrevivir en esta ciudad.

Mi amiga me mira con lástima, porque sabe cómo me costó retener un trabajo cuando me vine a vivir aquí. Solo espero no tener que volver a eso.

Voy a mi dormitorio para cambiarme, y luego hago algo para cenar.

No puedo dejar de pensar en mi negocio, y eso hace que me quemé, que se me caiga la espátula y le eche azúcar al guiso, en vez de sal.

Soy un puñetero desastre, y cuando estoy nerviosa o distraída, más.

—¿Qué cenamos hoy? —me pregunta mi compañera, caminando como si acabara de bajar de un caballo.

—Hoy es cena y postre a la vez.

Mi amiga prueba la comida y pone cara de asco.

—Mejor lo tiramos y cenamos un tazón de cereales cada una.

No la contradigo, porque está asqueroso.

Dagmar se hace cargo de todo, con las piernas abiertas bajo la falda, al más puro estilo vaquero.

Cogemos cada una nuestro tazón y vamos al sofá, para ver la serie que tenemos a medias.

No consigo centrarme y, al final, me marchó a la cama para leer. Tengo la esperanza de tener más suerte con eso.

Los cambios asustan, y mucho. Más si eres una persona a la que le cuesta encajar en este mundo, que se empeña en sacar a la luz lo diferente que soy.

Solo espero que mi nuevo jefe, al menos, le dé una oportunidad a mi loco negocio...

«El mismo al que apodan el Gilipollas», me recuerdo, y eso hace que me duela el estómago por el miedo.

La cosa no pinta nada bien para mí.

CRAIG

Miro a mi padre terminarse la copa en mi despacho de Nueva York.

Soy dueño de una gran empresa tecnológica, que no para de expandirse por el país, y de unas galerías de cosas de lujo. Tenía pensado ir a la ciudad de mi tío para expandir mi negocio allí, pero no esperaba tener que hacerlo para ordenar el caos que este dejó antes de morir.

—Debes cerrar todos esos negocios sinsentido —indica mi padre, con voz fría, como el hielo—. Esos negocios estúpidos solo arruinarán el buen nombre de esta familia.

—Ya lo he pensado.

—Hazlo con clase..., pero ciérralos todos. —Mira las carpetas de los diferentes negocios—. Sobre todo, este. Apadrina un gafe... ¡Vaya nombre más estúpido!

—Lo haré.

—Es lo mejor. Mi hermano perdió la cabeza los últimos años de su vida. Me avergüenzo de él.

Mi padre se marcha, mientras pienso que contentarlo es casi imposible. Se llevaba quince años con su hermano, y no ha mostrado nada de dolor por la muerte de este.

Ya lo esperaba, porque mi padre es un ser frío, y sin corazón.

Ha hecho de mí su viva imagen.

Miro los negocios y sé que tengo que cerrarlos, si no quiero que esto empañe mis negocios, y mi relación con él.

Mi tío cerró todos sus negocios, que le eran rentables, y abrió en sus locales otros sin mucho sentido, apoyando las ideas locas de la gente. Es dueño de todos, y muchos han cerrado por falta de ingresos.

No sé cómo alguien, con una mente tan brillante como la de mi tío, de golpe, al final de su vida, decidió cerrar todo lo que le daba dinero para reabrir negocios poco corrientes por la ciudad.

Ahora son todos míos, y no puedo ser dueño de negocios así. Esto no va conmigo, con mi forma de trabajar, ni con mis proyectos.

Me toca ser el brazo ejecutor y cerrarlos uno a uno, para vender los locales y empezar allí de cero, con mis ideas, sin que las cosas que hizo mi tío me pasen factura.

CAPÍTULO 2

HARPER

Entro en la tienda de Apadrina un gafe, mientras termino mi compra online. He visto unas bragas rosas, que se ven supercómodas, a un precio increíble. Venían con top a juego, y he pedido tres de cada.

Soy una adicta a las compras online. Sobre todo, porque me paso media vida trabajando y, cuando termino solo, quiero irme al sofá, y no de tiendas. Soy de ese pequeño porcentaje de gente que odia ir de compras.

Lo malo de las compras online es que a veces... Bueno, casi siempre, no acierto con la talla, y devolver las cosas casi que me sale más caro que quedármelo.

Le doy a comprar sin revisar la cesta, y guardo el móvil para saludar a mis compañeras, aunque yo soy la encargada del negocio.

Al final, preferí llamarme encargada, porque este sitio no es mío. Aunque la decoración y los pequeños detalles que he ido poniendo sí.

—¡Vaya putada lo del jefe! —dice Ayona, la empleada en prácticas, mientras deajo el bolso en mi mesa.

Le queda poco tiempo aquí y ya antes de que pasara esto, tenía claro que no la quería en mi equipo. Se lo iba a decir al jefe, porque, en dos palabras, es insoportable. Además de poco empática y borde.

Eso ya son más de dos palabras, pero así es.

Tiene veinte años y cree que el resto somos tontos por ser más mayores que ella. A la otra empleada, Beryl, la tiene frita.

Solo le quedan tres semanas y, por eso, quiero acabar lo mejor que pueda con ella. No deseo estropear sus prácticas, mientras disfruto con la idea de no tener que ver su cara de «soy mucho mejor que vosotras».

La gente así me hace sentir siempre inferior. Cosa que sé que no es cierta, pero te miran como si esperaran ver cómo te tropiezas, una y otra vez.

En mi caso..., son muchas veces.

Gente que disfruta de las desgracias de otros, las quiero lejos de mi mundo. Solo me restan, y hace tiempo que aprendí que en la vida solo merece conservar a las personas que te suman.

—Más putada para él que está muerto —responde Beryl.

—¿Y cuándo llega el Gilipollas? —pregunta Ayona.

—El abogado dijo que ya se pondría en contacto con nosotros como nuevo dueño de los negocios de su tío.

Me dejo caer en la silla tras quitarme el bolso y miro la pared de color rosa, que tengo enfrente.

El local es llamativo, con colores alegres en tonos pastel. Es un lugar que invita a pensar que toda va a ir bien. Hay varias imágenes de focas adorables por todo el local, ya que me encanta ese animal, porque en tierra son tan torpes como yo. Pero, en su elemento, se mueven con soltura y rapidez.

Todos tenemos un elemento donde destacamos, a pesar de que en otros no estemos a la altura.

Yo sigo buscando el mío, la verdad, pero un día lo encontraré.

Enciendo mi ordenador, pensando en cómo hacer ver a un empresario rico de Nueva York, que este lugar es increíble y que tiene una magia especial, que atrae a las personas solitarias.

A veces me siento un poco como el hada madrina de Cenicienta, y es bonito pensar que haces algo bueno por gente que lo necesita. La Cenicienta es mi película favorita de niña, y no porque encontrara un apuesto príncipe en un baile..., que también, pero fue más

porque el zapato de cristal me enseñó que, cuando algo no está destinado a ser para ti, forzar las cosas no hará que encaje. Solo conseguirás hacerte daño o romperlo.

Por eso, el zapato solo podía encajar en la Cenicienta.

—¡Harper! —Miro a Beryl—. ¡El teléfono está sonando!

—¡Joder! —Lo observo. Estaba tan abstraída pensando, que ni me he dado cuenta. Claro que la melodía es dulce, y eso hace que la mitad de las veces no me percate de que me llaman.

Cojo el teléfono.

—Apadrina un gafe, dígame. —Pongo mi voz más amable.

Escucho un suspiro, como de alguien al que le molesta llamar.

—Hola, ¿puedo hablar con la señorita King? —La voz es ronca y sensual.

—Soy yo. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy el señor Walker. Era solo para informarle de que soy su nuevo jefe, y que en una semana nos veremos, para evaluar el negocio. —Y, sin despedirse, me cuelga.

—¡Me ha colgado sin despedirse! —comento, sintiendo que me falta el aire.

La cosa pinta mal. Muy mal.

—Lo tenemos jodido. —Beryl se lleva las manos a la cabeza en modo dramático.

—No, seguro que en persona es mejor... —añado para calmarla.

—No, en persona será peor, y nos vamos las tres a la calle. A ver cómo le explico a mi marido que tendremos que vivir bajo un jodido puente, ahora que a él también lo han despedido.

—Bueno, tu marido está ahora de youtuber. Lo mismo se hace famoso... —le indico a Ayona con guasa.

—¿Por enseñar a abrir cervezas con estilo? ¡No! Ya te digo yo que eso no le va a ir bien. Como las otras mil cosas que ha intentado sin esfuerzo, y se han ido al garete. Es lo que tiene casarse con un gafe. Ni toda mi energía positiva puede mover esa mole.

—Lo que es tu marido, es un vago —le dice Ayona sincera, y Beryl no lo puede negar—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Compras más amuletos de la buena suerte... Creo que no tenemos suficiente.

Digo lo primero que se me pasa por la cabeza, porque ahora mismo estoy realmente asustada y no quiero que lo noten.

Miro la estantería donde hay varios amuletos de la buena suerte. Un gato chino que mueve la mano, y me saluda.

De golpe, se para...

«No, eso no puede ser buena señal...».

—¡Eso da mala suerte! —exclama Ayona.

—Es una señal. Este negocio se va a la mierda—apunta Beryl.

Las miro sin saber qué decirles. Tengo una semana para presentar un plan de venta tan bueno que ningún gilipollas pueda rechazar.

Estoy jodida.

El nudo de mi estómago se hace más grande y mi miedo a perder este lugar más.



Llego a casa tras un día intentando fingir una sonrisa que no siento. Estoy agotada y me duele la mandíbula por apretar los dientes.

Entro y veo a mi amiga con unas cuerdas negras en las manos, tratando de atarlas por su cuerpo.

—¿Qué me he perdido?

Se quita todo y me la veo mirando vídeos en YouTube, de cómo iniciarse en el sado.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—El nuevo jefe, que está muy bueno. Creemos que le va el sado. Estoy practicando por si le seduzco para una noche de sexo, ahora que me ha dejado de picar el chirri.

—Me parecería bien todo esto si te gustara, pero es algo peligroso, si no estás preparada mentalmente...

—Es solo sexo, y es divertido.

—Sí, ya lo he visto... —Me quito la chaqueta y me siento en el otro sofá, viendo cómo sigue las instrucciones.

Al final se cae al suelo.

—Solo quiero que sienta que soy sumisa.

—Es que no lo eres. Te gusta mandar hasta durmiendo.

Se ríe.

—Está muy bueno. Merece la pena dejar a un lado que me pone mandar, por tener su pollón entre mis piernas. —Pongo los ojos en blanco—. Eres una remilgada porque tu última experiencia sexual fue casi en el siglo pasado.

No la contradigo, y tampoco digo nada más, porque lo que menos quiero ahora es hablar de mi vida sexual, cuando estoy tan agobiada con el trabajo.

—Por cierto —la miro curiosa—, soy una bruja.

Alzo una ceja y se ríe.

—¿Y eso también es para acostarse con alguien que se siente atraído por las brujas?

Se ríe de nuevo y niega con la cabeza.

—No, ahora te explico. Estaba buscando cosas sexuales del sado cuando vi un artículo que ponía por qué a las brujas se las relacionaba con una escoba. —Le entra la risilla—. No lo vas a imaginar en la vida.

—Seguro que no.

—Al parecer, no eran brujas de verdad...

—Eso ya lo sospechaba.

Sonríe.

—Déjame acabar —me recrimina—. El caso es que buscaba remedios caseros para muchas dolencias. Entre ellas, el dolor de la regla y, bueno, digamos que encontraron una que les quitaba el dolor, pero se les iba un poco la cabeza. Era para ponerlo en su... en su coño, vamos. —Pongo los ojos en blanco—. Se metían...

—¡No me jodas!

Se ríe.

—Sí, se metían el palo de la escoba por ahí, y, eso, sumado a los alucinógenos, pues era como que flipaban un poco. Se creían que volaban con una escoba. —Se ríe solo de imaginarlas—. Que puede que todo esto no sea cierto, pero me ha hecho gracia.

—Y ahora dime por qué eres una bruja. Me muero de ganas por saber qué has pensado.

—En los vibradores. —Sonríe abiertamente—. Son como palos de escoba que nos hacen volar. —Se ríe, presa de su locura.

La miro sin creer cómo ha llegado a esa conclusión.

Sé que lo mejor es no comentar nada. Ella es así: espontánea y alocada.

—¿Qué tal en el trabajo?

Le cuento qué tal, antes de irme a la cama, para ver si esta noche consigo dormir sin que estos nervios me destrocen.



A primera hora, el mensajero me deja una caja enorme en la tienda.

No sé qué puede ser, pero, como compro todo online, puede ser cualquier cosa.

Abro el paquete y me quedo pálida.

Miro dentro de la caja y todo, todo, son bragas y sujetadores rosa. Pero no del rosa bonito que aparecía en la foto. Es un rosa chicle muy feo. Horrible.

Esto no puede ser...

—¡Pedí tres! —Se me caen las bragas a la mesa, con sus bolsitas.

—¿Qué es esto tan feo? —Ayora saca una y se ríe—. Son braga-faja, antimorbo.

Miro la compra, y compruebo que no pedí tres. Pedí treinta y tres de cada una. Le di dos veces al tres.

«¿Y ahora qué hago con tanta ropa interior, tan horrible?».

Esto me pasa por comprar online siendo una puñetera gafe.

CAPÍTULO 3

CRAIG

Reviso los negocios que mi tío me ha dejado, tras unos días frenéticos de trabajo, en los que no he tenido tiempo de hacerlo. Tampoco ganas, la verdad.

Lo hago desde mi despacho, en mi empresa de Nueva York, y compruebo que no sé cuál es el peor de todos.

Bueno, lo sé. El de Apadrina un gafe me parece ridículo. Tiene hasta una panadería que vende pan imaginario. La gente paga para imaginar cómo sería su pan ideal, con tarros de esencias y harina, para que cierren los ojos e imaginen cómo sería comerlo.

Este no da beneficios. Lo cerraré fijo, y será el primer local que venderé.

Mi tío tenía mucha cabeza para los negocios, pero, de golpe, vendió todo y empezó a abrir negocios de lo más extraños. Dice que le daban la vida, porque eran algo diferente.

Le daban la vida, y le hicieron perder casi toda su fortuna por sus malas inversiones.

Sabía que heredaría estos negocios, pero no creía que se moriría tan pronto.

Claro que tenía ochenta años y yo le echaba setenta, porque hace años que no lo veía.

Miro en internet información de las empresas, que tengo que visitar, y el primero en mirar es el de Apadrina un gafe. No tiene

nada que ver con la voz dulce de su dueña, sino porque sí da algunos ingresos. No muchos, pero no es un fracaso total.

Pero en mi currículum algo así no queda bien. Me codeo con importantes empresarios y tener este tipo de negocio puede ser negativo para mi imagen. Además, mi padre ya ha dejado claro que todos van fuera, y, si mi padre dice algo, no hacerle caso es enfrentarte a perder todos los apoyos de sus socios. Se relaciona con gente muy importante.

Es un cabrón al que hay que obedecer.

Veo fotos del local. Es todo tan adorable que dan ganas de vomitar, de lo dulce que parece todo.

Tienen Instagram. Me meto y veo varias fotos de una joven sonriente en la puerta. Tiene una sonrisa dulce, y no es muy alta. Con el pelo castaño y grandes ojos del color del chocolate.

En varias fotos sale con un gato negro. En otra, con un paraguas roto o mirando una escalera con cara de horror.

El eslogan es: «¿Eres gafe y no tienes suerte en el amor? Tranquilo. Tenemos a alguien perfecto para ti, para ese evento tan especial».

La primera foto es de la señorita King, besando la puerta de su local, y mi tío aplaudiendo detrás, con varias personas más.

Veo más fotos y sé que, como alguien de la competencia se entere de esto, harán lo imposible para quitarme los socios. Puedo perder mucho dinero por culpa de este tipo de negocio.

Mi idea es abrir allí otro, y no lo puedo hacer, siendo jefe de algo así.

«No, este lugar no puede seguir abierto...».

Siento que, si lo dejo abierto, a quien van a gafar es a mí.

Si he llegado donde estoy, es por seguir mis corazonadas, y sé que, si mantengo este negocio, al final me traería problemas. De mí dependen cientos de familias. No puedo arriesgarlo todo por tres personas.

Mucho debe cambiar la cosa para que no lo cierre y me quiera enfrentar a la ira de mi padre.

HARPER

Miro el plan de venta en mi casa, con una taza de té en las manos.

Las luces anaranjadas de la calle iluminan a una pareja de enamorados y me quedo observándolos, con esa envidia sana de alguien que no quiere lo que tiene, y ansía sentir lo que siente. Ser parte de un momento romántico, de esos que te ponen la piel de gallina y llena tu estómago de mariposas.

Se alejan y me centro en el plan de negocio.

He hecho esquemas, cifras y balances. Llevo una semana trabajando en esto, en cada rato libre que tengo. Hasta jugando al parchís o la oca con Las chicas de oro.

Quiero convencer a un pez gordo de los negocios que mi locura es rentable. Termino el té y decido ponerme a ver una serie.

No consigo centrarme.

Mañana será el gran día.

Tendré cara a cara al Gilipollas... Al señor Walker. Mejor no olvidarlo o la cagaré del todo.

Yo puedo con esto...

Yo puedo...

—¿Cómo va? —me pregunta Dagmar al entrar en casa.

—No sé si esto servirá de algo. —Le enseño los papeles.

—Demasiado color para alguien de negocios...

—Lo sé. Si me da tiempo, lo imprimo en blanco y negro.

—Mejor, porque esta gente no entiende tu mundo. Te lo dice alguien que trabaja en un sitio donde está lleno de peces gordos. Todas estas cosas les parecen estupideces. Hay gente maravillosa entre ellos, pero no todos. Por eso, mejor algo frío y sencillo.

—Sí, lo haré. ¿Y tú qué tal tu fin de semana? ¿Has seducido al jefe nuevo?

—No, mi jefe de sección es un idiota que no sabe apreciar mi cuerpazo —me responde—. Ha venido la hija del dueño con sus amigas, y ya sabes lo insoportable que es.

Lo sé.

Ceres, la hija del dueño, es una mujer de mi edad, que lo ha tenido todo en la vida. Sus padres le han costeado todos sus caprichos desde que nació, y siempre mira a todos lo que no son de su círculo social como si tuvieran que besar el suelo por donde pisa.

No la conozco en persona, pero todo lo que sé es por lo que cuenta Dagmar.

Cuando está en ese club para ricos de la ciudad es muy exigente con los empleados y pide cosas muy excéntricas para comer y beber. Si no las tienen, deben ir a comprarlas o amenaza con despedirlos, por no hacer bien su trabajo.

No la conozco, pero no la soporto.

—Por cierto, necesitamos gente para el evento del fin de semana. Podrías venir y te ganas un dinero extra, por si te cierra el negocio —me pica mi amiga.

Hasta ahora siempre le he dicho que no, pero ya no lo tengo tan claro, porque es una opción el verme en la calle.

—Puede ser.

—Genial. Voy a descansar.

Guardo los informes en una carpeta y me obligo a recordar que tengo que imprimirlos en blanco y negro.

Eso mañana.

Hoy estoy agotada, y mañana será un día duro.